

Actos de significado

Jerome Bruner, uno de los más reconocidos e influyentes psicólogos del siglo XX; y, sin duda, uno de los principales protagonistas de la llamada "revolución cognitiva", tituló de este modo ("Acts of Meaning") una de sus obras más emblemáticas y, posiblemente, más críticas acerca de la evolución histórica a la que dicha revolución dio lugar en los distintos escenarios académicos e intelectuales en los que se fueron concretando sus realizaciones. En su opinión, cada vez más cautivas del fraccionamiento científico-disciplinar, el corporativismo profesional, la tecnologización instrumental y el objetivismo metodológico.

Bruner no sólo acusaba a buena parte de los cultivadores de la actual psicología cognitiva de haberse enredado en problemas técnicos marginales a los impulsos que animaron las teorías y prácticas del quehacer psicológico que él ayudó a crear. También, y de un modo explícito, reaccionaba contra el estrechamiento y el encerramiento que sobre sí misma estaba experimentando la psicología en muy diferentes contextos institucionales y sociales, víctima de sus propias confusiones, dislocaciones y simplificaciones. De ahí, explicaba, el título de su libro y el énfasis en el tema principal que lo motivaba: la naturaleza de la construcción del significado, su conformación cultural, y el papel esencial que desempeña en la acción humana en todos y cada uno de sus encuentros con el mundo. O, si se prefiere, del cometido que le corresponde en la visión que las personas tienen de sí mismas, de los demás y del mundo en el que viven.

No pretendemos hablar de psicología sino de pedagogía; ni, mucho menos, tomar postura acerca de las razones que alentaron a Bruner a mostrar cómo debe ser una psicología que se ocupa esencialmente del significado y de cómo se debe reconvertir inevitablemente en una psicología cultural; esto es, un campo de saberes y prácticas en el que la cultura es un elemento constitutivo de la mente, en virtud del cual el significado adopta formas públicas y comunitarias, sociales e históricas, en lugar de privadas, atemporales y autistas.

Es en este sentido en el que las imputaciones que hace Bruner al desarrollo de la psicología pueden proyectarse en la pedagogía y en las concepciones esencialmente convencionales, escolásticas, restrictivas y formales que ésta ha ido edificando en nombre de la educación; en contraste con las realidades y los desafíos que emergen en una sociedad tan compleja como la que habitamos. Y que, a menudo, han obviado que uno de los problemas teóricos más sustantivos para el quehacer educativo nos remite a los sujetos de la educación, no sólo como niños o alumnos, sino y fundamentalmente como personas y ciudadanos.

Es en esta perspectiva, en la que estamos obligados a definir nuevos ángulos desde los que pensar la educación y la sociedad; y el papel de aquella en ésta, abordando la formación y el desarrollo de las personas más allá de los lindes curriculares, las paredes del aula o los muros de las escuelas. Esto es, como una práctica social y cultural de amplias miras, y que la Pedagogía Social reivindica con un doble afán: de un lado, incrementar las posibilidades socializadoras de la educación en cualquier tiempo y lugar; de otro, estimular el papel educador de la sociedad en toda su diversidad. O lo que viene a ser lo mismo, posibilitando que los sujetos adquieran destrezas y competencias para la vida cotidiana, con todos los significados que el saber y el hacer requiere para dar respuesta a las cambiantes necesidades que se generan en una sociedad cada vez más incierta e inquietante.

Circunstancias que han incitado a situar de nuevo en el centro de las políticas educativas y sociales la iniciativa de los sujetos como constructores críticos del aprendizaje (de todos los aprendizajes potenciales y necesarios para una existencia plena), y no sólo como meros receptores de él y de una parte de él, en sus diferentes formas de expresión y de relación con la realidad. Porque como ha expresado Hugo Zemelman, en su "Voluntad de conocer", la ignorancia, el miedo, la apatía y la incredulidad son barreras simbólicas y materiales que anulan al sujeto en su capacidad de lucidez, en su deseo de mirar y de relacionarse con otros, en sus oportunidades para tener un presente y para construir mejores futuros.

Es aquí donde entendemos que la Pedagogía Social y las educaciones alternativas que propicia (en la acción y la animación sociocultural, en los tiempos libres, en la inserción laboral, en el desarrollo comunitario, etc.) nos interroga decididamente sobre los significados que deben tener nuestros actos educativos, justo cuando volvemos a Bruner ¿precisamos cada vez más de la perspicacia y de la inteligencia que nos puede aportar la interpretación de lo que somos y hacemos, de lo que pensamos de nosotros mismos y de nuestros congéneres, de las realidades que tenemos y de las utopías que soñamos. Del mundo que todavía es posible. Puede que el verdadero sentido de la Pedagogía Social consista en esto: recuperar los significados perdidos de una educación que ha sido olvidada de dialogar crítica y abiertamente con la sociedad en la que inscribe sus prácticas, con una decidida vocación transformadora.